

adonde campan tantos,
no nos campen las sayas y los mantos.

MARÍA.

Tápate bien, Inés, que viene gente.

Salte DON GAIFEROS á lo caballero ridículo, y dos CRIADOS como de ronda.

GAIFEROS.

¡Qué noche hace tan impertinente!
¡Oigan la nohecita mal segura
qué falsa está, preciándose de obscura!
Señora noche, ¿no habrá de barato
una estrella siquiera?
Mírenla qué cerrada de mollera
sus nublados aliña.
Acabóse; cerróse de campiña:
ó es montañesa ó quiere parecello;
que ha dado en eso, y se saldrá con ello.
¡Hola!

CRIADO 1.º

¡Señor!

(Todos en tono alto.)

CRIADO 2.º

¡Señor!

GAIFEROS.

¿Sin sonsonete
respondeisme á dos coros? ¿Soy motete?

CRIADOS 1.º Y 2.º

Señor... *(En tono bajo los dos.)*

GAIFEROS.

Bien está así; escuchadme agora.
La noche tiene cara de traidora;
el recato no es miedo; es importante

(Cógelo en medio.)

que vaya uno detrás y otro delante,
porque si algún recado á darme viene
por ambas partes cualquier aventurero,
al uno de los dos le dé primero.

CRIADO 1.º

¿Y si á venir aciertan por los lados?

(Mira á los lados.)

GAIFEROS.

Falta me hacen otros dos criados.

CRIADO 2.º

Seguro está el lugar.

CRIADO 1.º

No hay en él hombre
que no sea un apóstol.

GAIFEROS.

Yo lo creo;
mas no me fio en eso, que no ha mucho
que se vieron algunos perseguidos
por apóstoles mal entretenidos.

(Silban.)

¿Silbaron?

CRIADO 2.º

Una vez. *(Hace que tiembla.)*

GAIFEROS.

Esa ha sobrado
para volver á desandar lo andado:
echemos por aquí.

(Hace que se va, y encuentra de golpe con MARÍA.)

MARÍA.

¿Va ciego, hermano?

¿No mira cómo va?

GAIFEROS.

Pienso que andando.
Perdone vuestasté.

MARÍA.

Lindos perdones,
después de haberme dado de empujones.

GAIFEROS.

No la vi, ¡vive Dios!; que si la viera,
á trueque de no dar, no se los diera.

MARÍA.

Pues yo soy hembra que, aunque me han dolido,
á trueque de tomar, los he sufrido.

GAIFEROS.

¡Que me matan, señores!

(Da voces y acuden los CRIADOS.)

MARÍA.

¿Quién le toca?

GAIFEROS.

Usted, que me capea con la boca.

MARÍA.

¡Qué delicado está!

GAIFEROS.

No se lamente,
que estoy de otra mujer convaleciente.

MARÍA.

¿Qué le dice á usted aquesta cara? *(Descúbrese.)*

GAIFEROS.

Que lo fuera, si algo me costara;
pero diré que tiene, si luz saca,
cara...

MARÍA.

De...

GAIFEROS.

De grandísima bellaca.

MARÍA.

¿Y esta mano?

GAIFEROS.

De no tenella queda.

MARÍA.

¿El talle?

GAIFEROS.

De quitarme la moneda.

MARÍA.

¿La gracia?

GAIFEROS.

De al primer tapón zurrapas.

MARÍA.

¿Y aqueste aire? *(Da una vuelta.)*

GAIFEROS.

De arrebatacapas.

MARÍA.

¿Dónde trae vusted...?

GAIFEROS.

¿Qué?

MARÍA.

La moneda.

¿Quiere darme un escudo?

GAIFEROS.

El de mis armas.

MARÍA.

Pues bajémoslo algo, sea un ducado.

GAIFEROS.

¿Qué es ducado? No tengo ni aun condado,
que se los diera á pares.

MARÍA.

¿Y un réal?

GAIFEROS.

Eso sí, el de Manzanares.

MARÍA.

Pues sean unos cuartos.

GAIFEROS.

Un relojillo tengo que da hartos.

MARÍA.

Pues remedio ha de haber.

GAIFEROS.

Si no le halla...

ya yo le tengo.

MARÍA.

¿Cuál?

GAIFEROS.

Írme y dejalla.

MARÍA.

¿Es juego?

GAIFEROS.

No, mi reina, que hace trampas.

INÉS.

¡Señora!

MARÍA.

¿Qué me quieres?

INÉS.

¿Cuándo campas?

MARÍA.

Cuando te lleve el diablo.

INÉS.

¡Lindo talle!

MARÍA.

Pues aunque sea un papel he de sacalle.

(Tropieza y cae fingida, y él la tiene.)

¡Jesús!

GAIFEROS.

¿Qué ha sido?

MARÍA.

Poco, ó casi nada;
abrióse de un chapín la capellada:
dème vusted, si trae, un par de cintas.

GAIFEROS.

¡Oh treta con encajes, cómo pintas!
Tuviéralo á fortuna,
mas en mi vida truje más de una;
y cuando darla por cortés quisiera,
considere vusted qué sucediera.

MARÍA.

Eso es ya villanía.

GAIFEROS.

Este es lance forzoso, reina mía:
he aquí dos cintas, y por Dios sagrado,
que es lo primero que en mi vida he dado.

(Dáselas.)

MARÍA.

Dame un punzón.

INÉS.

No traigo aquí el estuche.

GAIFEROS.

Yo le tengo, señora; pero advierto
que es estuche con vuelta. *(Dale un estuche.)*

MARÍA.

Aqueso es cierto.

INÉS.

Buen principio, señora.

MARÍA.

Por mi vida,
que le he de hacer caer con mi caída.

(Hace que se pinza.)

¡Ah, malhaya el punzón, que me ha pasado
una yema de un dedo!

GAIFEROS.

¡Vive el cielo!,

que lo quise decir.

MARÍA.

Dame un pañuelo.

INÉS.

¿Dónde le traigo yo?

MARÍA.

¡Gentil recado!

GAIFEROS.

Ve aquí pañuelo; no les dé cuidado:

*(Dale un pañuelo y ádale.)*ate vusté su dedo,
que ya la voy perdiendo un poco el miedo.

MARÍA.

Ate el suyo, cuitado,
que yo ya llevo el mfo bien atado,
pues al mayor bellaco
poco ó mucho le saco,
y no es poco primor sacar de un vuelo
dos cintas, un estuche y un pañuelo.
Ven aprisa, que quiero,
como podamos coger otro al vuelo,
trocar segunda vez este pañuelo. *(Vanse.)*

GAIFEROS.

Cosaría de la venta de Viveros,
¡plegue á Cristo que un par de zapateros,
con las cintas y clavos,
la bocaza te cosan á dos cabos,
y como sacabuche
te entren por los gznates el estuche,
con herramienta y caja,
y el pañuelo te sirva de mortaja,
rota carta, maleta descosida;
mas no, que dentro llévasme la vida.*Sale MARÍA muy cubierta, con un niño envuelto en una mantilla vieja, que es un cuerezuolo hinchado, haciendo extremos, y él se admira de verla.*

MARÍA.

Si, como parecéis, sois caballero,
que sí seréis, que no podéis negalle
lo caballero á vuestro largo talle,
tomad aqueste niño,
que aunque le veis con tanto desaliño,
tal vez remediará á quien le remedia.

GAIFEROS.

¿Qué es esto, Dios?; ¿es paso de comedia?

MARÍA.

Y pues tan rica prenda aquí os entrego,
dadme el dinero que lleváis, os ruego,
para dar á enemigos no excusados.
Y vénganse conmigo estos criados:
presto, presto, señor.

GAIFEROS.

(Aparte.) (Cosa es de risa;
¿no basta dar dineros, sino aprisa?)
A lo que yo he entendido,
señora hermosa, yo soy el partido,
pues con dolor, que no podré decillo,
de mis entrañas sale este bolsillo.
Veis aquí cuanto traigo. *(Dale un bolsillo.)*

MARÍA.

Adiós, hidalgo.

GAIFEROS.

Héme aquí con un niño y sin dineros.

MARÍA.

Abrigadle, señor, que queda en cueros.
(Vase MARÍA, y los criados con ella.)

GAIFEROS.

¿Eso más?; su cuidado maravilla.
Mas, ¡que me manda que le dé papilla!
Sirva mi ferreruelo de envoltura. *(Pónesele al niño.)*
¡Jesús, qué sosegada criatura!
Apenas ha chistado:
en mi vida vi niño tan callado.*Salen los CRIADOS santiguándose.*CR. 1.º ¡Lindo embuste!
CR. 2.º ¡Linda chanza!
GAIF. ¿Qué hay, fámulos?; ¿qué tenemos?
CR. 1.º Antes no tenemos.
GAIF. ¿Cómo?
CR. 1.º Como la fuimos siguiendo,
y entrándose en una casa,
nos dijo medio riendo:
«Oyen, díganle á su amo
que yo soy el embeleco
que le saqué sin sentir,
cintas, estuche, pañuelo,
y le malparí un bolsillo.»
GAIF. Y quien me dejó con tuertos.
¿Qué haré?; ¿mataré este niño?*Sale MARÍA y INÉS con capas y sombreros, como alguacil y escribano, con vara y linterna; pónensela en los ojos, y ellos se detienen.*MARÍA. La justicia es: ¿quién diremos?
GAIF. Un hombre recién parido.
MARÍA. Llegad esa luz. ¿Qué es esto?
GAIF. Un niño; no le despierten;
porque no hay quien le dé el pecho.
MARÍA. No despertará el muchacho.
GAIF. ¿Por qué?
MARÍA. Porque está hecho un cuero.*(Desenvuélvele y saca el cuero.)*GAIF. ¡Vive Dios, que lo es de vino,
y que me decía por esto
la taimada, al despedirse:
abrigadle, que va en cueros!
Pero con aquestos niños
brujo soy, brujo me vuelvo,
para chupalles la sangre.*(Desátale y bebe.)*

MARÍA. Quitadle las armas luego.

*(Quítales INÉS las espadas y el cuero con el ferreruelo, y GAIFEROS lo defiende.)*GAIF. Señor, con las envolturas
del muchacho me contento,
que es un ferreruelo mío.MARÍA. Agradeced que no os dejo
como está el niño.INÉS. Caminen,
que en la cárcel hablaremos.*(Andan hacia el vestuario.)*

GAIF. ¿Es ésta la cárcel?

INÉS. Sí:
la cárcel de sus dineros,
de donde jamás saldrán.

GAIF. ¿No podré hablallos?

MARÍA. Ni aun vellos;
y advierta que siendo zaino,
cetrino, apretado, estrecho,
le ha sacado una mujer

TARABILLA.

Oigan, oigan: ¿conmigo tan valiente,
sacristán de los autos solamente?
Pues sois de tabla en días semejantes,
tarascas, sacristanes y gigantes,
y el autor te sustenta doce meses,
porque haya sacristanes de entremeses,
¡vive Cristo!, si arranco de aquí un necio,
que se le he de tirar por menosprecio.

ZARANDA.

Pues ¡vive Dios! si un culto de aquí tomo
que le meta con él el *Memento homo*.

TARABILLA.

Tírote un pobre, cuitadillo, ¡alerta!

ZARANDA.

Seguro estoy, que un pobre nunca acierta.
Tírote un valentón de vista lerdá.

TARABILLA.

Eso es, *ládreme el perro y no me muerda*;
mas yo te tiraré un silbo picaño.

ZARANDA.

Si es con invidia, no hace mucho daño.

TARABILLA.

Un silbo aturde, si no mata.

ZARANDA.

Es cierto;

mas tírote un doctor.

TARABILLA.

¡Ay, que me ha muerto!

(Cae en el suelo.)

ZARANDA.

Díle con un doctor, arma buída.

TARABILLA.

Pues porque veas que hay peor herida,
tírote un boticario.

ZARANDA.

¡Ay, miserable!

(Cae en el suelo.)

que arma con hierbas es irremediable.

Sale ISABEL.

ISABEL.

¡Que se matan, María, que se matan!

MARÍA.

(Dentro.) ¿Quién, Isabel?

ISABEL.

La flor destes galanes;

Tarabilla y Zaranda, sacristanes.

Si aprisa no remedias tanto estrago,
la muerte les dará carta de pago.

Sale MARÍA.

MARÍA.

Acudiré al portal, aunque haya obstáculo,

cintas, estuche, pañuelo,
capa, espadas y bolsillo:
mire qué hiciera á no serlo.
Yo soy la de la caída,
la del niño que está en cueros,
y agora soy la justicia.
¿No me conoce, mancebo? *(Desembózase.)*GAIF. ¡Oh pícara! Pagarás
todas las tretas á un tiempo.

MARÍA. Llevará golpe de puerta.

GAIF. Mataré dos mil porteros.

(Dale una palmada de revés en los pechos.)

INÉS. Pasito, señor hidalgo;

téngase vuesa merced,
que no llegan á venganzas
pesadumbres de mujer.MARÍA. Si el enojo no le ciega,
porque todo pare en bien,
oiga mi satisfacción,
que eso debe de querer.

GAIF. No quiero sino mi hacienda.

INÉS. Si la aguarda, no hace bien,
que á emparedar la llevaron
donde para siempre esté.MARÍA. Haga el sambenito gala
con damas deste jaez;
disimule, y escarmiente
de andar al anochecer.

GAIF. Pues báilese en recompensa.

MARÍA. Toquen, que yo bailaré.

*(Si no hay más de una que baile, se dice el verso postrero, y si hay baile, lo que sigue.)*MARÍA. Si aquesto basta, hágase,
pues estamos dos á dos.

CR. 1.º Dos son ellas y acá tres.

Salen los MÚSICOS, y bailan á cuatro ó á seis lo que se sigue, ú otro cualquiera baile, ó si no, baila sola.)

UNA SOLA.

Yo alcancé á un poderoso tan miserable,
que en la corte buscaba damas de balde.*(Repíte la música lo propio, y bailan todos.)*

GAIFEROS.

Nadie compre en la tienda de amor tirano,
que á quien más regatea cuesta más caro.*(Repítese la música, y da fin.)*

265

LVI.—Entremés famoso: Los Sacristanes burlados.¹*Representóse en Madrid.*

FIGURAS QUE HABLAN EN ÉL:

TARABILLA, sacristán. ISABEL.
ZARANDA, sacristán. UN NEGRO.
MARÍA.*Salen TARABILLA y ZARANDA, sacristanes.*

ZARANDA.

Sacristán de la legua, ¿tú me irritas,
y de sólo mirarme no tiritas?¹ *Navidad y Corpus Christi festejados*. Madrid, 1664, página 218.

y para no morir en mi habitáculo.
¿Adónde están los malogrados jóvenes,
las dos tumbas portátiles,
los que excusaron tanto el ser acuátiles,
los que en tribuna y órgano eran ágiles,
y en lo ojitierno y derretido frágiles;
los de bolsas tan débiles,
que en lugar de reirnos hacían flébiles;
los que eran en el *puribus* tan prácticos,
y en la ciencia de amor malos gramáticos?

ISABEL.
Veslos aquí, que sus heridas toco.

MARÍA.
¡Ay, mis amantes! ¡Mal haya lo poco!
Tarabilla en el nombre y en lo hablado,
¿qué tienes?

TARABILLA.
De un doctor que me han tirado,
forastero en su arte,
atravesado estoy de parte á parte.

ISABEL.
Zaranda, en tu sotana revolcado,
¿qué tienes? ¿Cómo estás?

ZARANDA.
Boticareado.

MARÍA.
¿Qué ha sido la pendencia?

TARABILLA.
Por tu amor se inventó la diferencia.

MARÍA.
Pues si para mi amor los dos se aliñan,
sírvanme, muchachuelos, y no riñan.

ZARANDA.
Faldilla, ¿quieres tú?

TARABILLA.
Sí, Faldulario.

ZARANDA.
Pues quítote el doctor.

TARABILLA.
Yo el boticario.

(Levántanse.)
MARÍA. ¿Han convalecido, amigos?

LOS DOS. Sí.
MARÍA. Pues digan qué es su intento,
porque si mi hermano viene,
los batirá como huevos
con un dedo que los toque.

TARAB. ¡Bercebú lleve tal dedo!

ZARANDA. María, el *intentum meum*
es del *sanctum casamentum*,
et *matrimonium tuorum*.

MARÍA. ¿Con quién, Zaranda?

ZARANDA. Cum tecum.
TARAB. *Noli me tangere, tace,*
que cum *acompañamentum*

famulorum, famularum,
he de ser mi *tu cum ego*.

MARÍA. (A Isabel aparte.)
Estos pícaros me enfadan.

ISABEL. Pues pégalas pan de perro.
MARÍA. Oye aparte...

(Hablan las dos aparte, y vase ISABEL.)
ISABEL. Está muy bien. (Vase.)

ZARANDA. Juzga destos dos ingenios,
María, el mejor de todos,
como en peras tu remedio.

MARÍA. Yo tengo el alma poeta;
granjéemela con versos.

ZARANDA. Los deste son versos niños.
TARAB. Los deste son versos nietos.

ZARANDA. Pues oigan un villancico
que á San Jerónimo he hecho.
«Hoy San Jerónimo Santo
con un cantazo se dió,
y la llaga le duró,
como era de cal y canto,
y aunque la sangre le salpica,
su león no le replica;
cuando el ángel le toca la trompeta,
tú, tú, tú, tú, Lucifer se da á Ber-
Porque un alma se le va [cebú.
por aquí, por allí, por acá, por allá;
¡Uchúá! ¡Uchúá! que en el cielo está.»

TARAB. ¡Maldito sea el corazón
que tal villancico ha hecho!

ZARANDA. ¡Cómo se ve que es envidia!

TARAB. Oye y aprende, mostrenco:
Al seráfico Francisco.

MARÍA. Di tú, poeta manchego.
TARAB. «Un run run anda en la villa,
Francisco, que tenéis vos
las cuatro llagas de Dios,
y esotra de la costilla;
¡gran maravilla! ¡gran maravilla!
desde Getafe á Sevilla;
¡gran milagro!
desde San Martín á Almagro;
y repiten, repiten á coros:
al infierno se van los moros;
y responden á doces y á treces,
y los cristianos á veces.
¡Dilín, dilín, dilín!
á caballo va San Martín.
¡Hé, hé, hé!
y el señor San Francisco á pie,
cuando un diablo fiero le toca;
mas viéndole en oración,
dice el infernal tizón:
«con aqueso me tapa la boca.»

ZARANDA. ¡Jesús, qué de disparates!

(Sale Isabel como asustada.)
ISABEL. ¡María!

MARÍA. ¿Qué traes? ¿qué es eso?

ISABEL. Nuestro hermano viene.

TARAB. ¡Zape!

ZARANDA. Aquí nos mata.

TARAB. ¿Qué haremos?

MARÍA. En ese par de costales
(Saca dos costales, y tengan dentro harina.)
se entren, aunque están de yeso;
que yo voy á divertirle.

TARAB. ¡Espera!
ZARANDA. ¡Espera!
MARÍA. No puedo.

(Vase María.)
ISABEL. Dense prisa.
TARAB. ¡Pesi á tal!

¿A qué convite opulento
vamos, sino á dos costales
de tierra y de yeso llenos,
donde, si nos echan agua,
tabiques quedamos hechos?

ISABEL. ¡Presto, que viene!

ZARANDA. ¡San Blas!

(Mítense en los costales los dos, y sale María con espada, daga
y sombrero y ferruuelo, hablando á lo valiente.)

MARÍA. Isabel, ¿dónde se fueron?
TARAB. ¡Malo!

(Por la boca del costal hablan.)
ISABEL. ¿Quién?

MARÍA. Los sacristanes.

ZARANDA. Peor.
MARÍA. Dilo.

ISABEL. No lo entiendo.
MARÍA. Dos que los vieron pasar,
que acá estaban me dijeron,
y ¡vive Dios! si tal fuera,
cuchilladas diera en ellos
como en estos dos costales. (Dales.)

TARAB. Haga cuenta que es lo mesmo.
MARÍA. Cierra esa puerta, cuitada,
que aquí voy, y al punto vuelvo.

(Salen llenos de harina cara y vestidos.)
TARAB. ¿Fuése? ¡Jesús, y qué vista!

ZARANDA. ¿Fuése? ¡Jesús, y qué gesto!

TARAB. Brodista, sopón, gallofo,
tú tienes la culpa desto.

ZARANDA. ¿Ego? Mentiris.

TARAB. ¿Mentiris?
Accipe bonetum meum. (Tírale el bonete.)
ISABEL. ¡Que vuelve!

TARAB. ¡Zámpome!

(Mítense en los costales.)
ZARANDA. ¡Arrúgome!

(Sale María asustada, de dama.)
MARÍA. Isabel, sácalos luego,
antes que vuelva mi hermano.

ISABEL. Bien pueden salir, mancebos.
(Salen.)

TARAB. María, ¿aquesto es casarse?

ZARANDA. Enyesarse es por lo menos.

MARÍA. ¡Terrible miedo he tenido!

TARAB. Nosotros palos y miedo.
MARÍA. No sé qué tengo de hacer:

(Aparte á Tarabilla.)
mi hermano anda con recelo.
Vuélvase dentro de un hora,
que en la garrucha que tengo
para que suban la leña,
subirá y entrará dentro;
que he de casarme con él.
TARAB. A favor tan manifiesto,
callabuntur, y afufón. (Vase.)

MARÍA. Zaranda.
ZARANDA. Mariembeleco,

¿qué me quieres?
MARÍA. De aquí á un hora,
en este balcón primero
arrimará una escalera
que allí estará, y trataremos
cómo ha de ser nuestra boda.

ZARANDA. ¡Alleluia, kiries, credo!

(Salta de contento.)
¿Cum sceleris me fecit?
Aproinquabo al momentum. (Vase.)

ISABEL. ¿Qué es aquesto?

MARÍA. ¿Qué ha de ser?

Hacer con los pobres éstos,
como en entremés de auto,
mucha vista y poco seso. (Vanse.)

(Sale Tarabilla.)
TARAB. ¡Qué escuridad! ¡vive Dios!

que parece que mil negros
han bostezado á la par.

(En lo alto ha de haber un carrillo con soga.)
MARÍA. ¡Ce, ce!

TARAB. Llamaron, per Deum.
MARÍA. Métase en aquesta espuerta.

(Echa la soga, y atada en ella una espuerta.)
TARAB. ¿Soy basura?

MARÍA. Poco menos.
TARAB. Entro, y plegue á Dios que salga
tan entero como entro.

MARÍA. Tiro.
(Súbele hasta la mitad, y ata la soga á un clavo.)

TARAB. Tire: aquí entra bien;
¡Jesús, que me bamboleo!

MARÍA. ¿Que me canso!

TARAB. ¿Ahora se cansa?
El diablo me metió en esto.
(Dentro.) ¡Baja aquí!, ¡hola!

MARÍA. ¿Que me llaman!

TARAB. ¡Dios de mi alma, otro aprieto!
Responda que está ocupada.

MARÍA. ¿Cómo ocupada?

TARAB. Comiendo.
MARÍA. Atado te dejo aquí:
ten paciencia, que ya vuelvo. (Vase.)

TARAB. ¿Atado? Pues ¿soy yo Judas?
¿Soy zoque colgado al cierzo,
lámpara que alumbra imagen,
ó alguna invención de fuego?

(Sale Zaranda con una escalera, y arrimada á la puerta donde
está Tarabilla.)
ZARANDA. Este ha de ser el balcón:
subo; pero gente siento,
y no soy yo muy valiente.
En esta esquina me embebo.

(Arrímese á un lado, y sale un NEGRO con engrudo y unas cé-
dulas, y pégaselas en la cara.)
NEGRO. ¡Valga el diablo la beyaca
que á las doce envía al neglo
con cedula de alquileya
á pasar por simentelio!

ZARANDA. Más de diez hombres se acercan.

NEGRO. En eza ezquina pondlemo.
(Póneselo en la cara.)

¡Voto Anclisa, que no pega!

ZARANDA. Pegado estés con un leño.
 NEGRO. ¡Jesús!, que hablo parede.
Cum, clum, cum, clum, vade à retrum.
 ZARANDA. ¡Barrabás lleve el engrudo!
(Quitase el papel de la cara.)
 ¡Oh, hi de puta, el galguinegro,
 y cómo cargó la mano!
 Pero no perdamos tiempo:
 subo, que me aguardarán.
(Comienza á subir.)
 TARAB. ¡Que suben, por Dios eterno!
 Si es el diablo, ¡cata la cruz!
 ZARANDA. ¿Luz?: pues no la habrá allá dentro.
 TARAB. ¡Que se acerca!
 ZARANDA. ¿Que estás puerca?
 Será del polvo, mi dueño:
 llega.
 TARAB. El diablo me requiebra.
 ¡Si bonito le parezco!
 ZARANDA. ¿Quiéresme mucho?
 TARAB. Tantico.
 ZARANDA. ¿Cómo hablas, mi bien, tan quedo?
 TARAB. Como estoy acatarrada...
 ZARANDA. Dame una mano.
 TARAB. Y aun ciento.
 ZARANDA. Asperita está.
 TARAB. Hace días
 que nada en ella me he puesto.
 ZARANDA. Dame un abrazo apretado.
 TARAB. Aqueso no, que entra en grueso.
 ZARANDA. ¡Jesús!: ¡válgame san caigas!
(Dentro.) ¡Fuego, fuego, fuego, fuego!

(Sueltan á TARABILLA de la garrucha, y cae en el suelo, y ZARANDA de la escalera, y éntranse rodando; con que se da fin.)

266

LVII. — Entremés famoso:
Las burlas de Isabel.¹

Representóse en Madrid.

FIGURAS QUE HABLAN EN ÉL:

ISABEL.	DOCTOR.
SACRISTÁN.	HOSPITALERO.
BARBERO.	MÚSICOS.

Sale el SACRISTÁN.

SACRISTÁN.

¿Conmigo barberito y dotorcito,
 juez y alguacil, que la temprana muerte
 despacha contra moros y cristianos?
 ¿Con Vilches, sacristán desde la cuna,
 y poeta *in utroque*, desde el punto
 que á poder de campanas y oraciones
 su madre dió con él en los talones?
 Salid; ¿á qué aguardáis?; que aquí os espero,
 dotor barbudo y bárbaro barbero.

Sale el DOCTOR.

DOCTOR.

Sacristán lenguaraz y deslenguado,

¹ *Navidad y Corpus Christi festejados.* Madrid, 1664, página 252.

Iechuza, sisa lámparas, menguado,
 tumba jarrillos, gorra con amigos,
 sumidero de roscas y bodigos,
 blandón de entierros, molde de mulatos,
 cajón de humo de pez para zapatos,
 pues ¿á mí os atrevéis?; ¿al licenciado
 en dotor por milagro transformado?
 Armad bien, hablador, trampas y redes,
 que á la primera purga lo veredes.

Sale el BARBERO.

BARBERO.

Chupa responsos, que las vidas cuentas;
 cuervo, pues que de muertos te sustentas;
 costal de cisco, ganapán sudado,
 cara de alcaparrón avinagrado,
 sotanilla sin peto, que es afrenta
 que todo figurón pone á su cuenta;
 ¿á esta gala te atreves?; ¿á este talle
 que va encantando damas por la calle?
 ¿Al más primo barbero y más curioso,
 que si voy á sangrar alguna dama,
 por más sutil la pico el brazo bello
 con un alfilerico de mi cuello?
 Pues calla, gitanazo, que si el vino
 alguna vez te saco por los brazos,
 yo daré á la lanceta suelta rienda,
 y á medio atar te dejaré la venda.

SACRISTÁN.

Fuertes contrarios son los que amenazan;
 mas Isabel, que es vida desta suya,
 todo el *christe eleyson* vuelve *alleluia*.
 Yo he de ser su primado y su prioste,
 ó sobre aquesto me daré en un poste.
 Déjame el puesto, ya que me lo ocupas,
 barbero brujo, que la sangre chupas;
 y tú, vete á emplear tu mortal ciencia,
 dotorcito, verdugo con licencia.

BARBERO.

¡Bueno es eso! Isabel es prenda mía.

DOCTOR.

No es sino mía, barberito zurdo.

SACRISTÁN.

¡Oh, qué bien por mi amor!; y yo ¿soy burdo?
 A mí me ha de querer, que soy poeta,
 y el tiempo que ha que sabe mis pasiones,
 la he regalado con dos mil canciones.

BARBERO.

Yo soy galán secreto y confiado,
 y un año entero sin faltar la he dado
 músicas, que mirar en mi persona,
 equívocos y dichos donairosos,
 con encarecimiento muy graciosos.

DOCTOR.

Yo no tengo ninguna de esas gracias;
 mas he de hablalla y vella aquesta noche.

SACRISTÁN.

¿Por qué?

DOCTOR.

Porque soy rico y tengo coche.

Concluyóme.
 SACRISTÁN.
 BARBERO.
 Y á mí.
 DOCTOR.
 ¡No, sino el alba!
 SACRISTÁN.
 Con eso no tendrás braguero y calva.

BARBERO.

¿Dinero y coche? ¡Poderosas piezas!

Sale ISABEL.

ISABEL.

¡Qué en balde que se quiebran las cabezas!,
 sacristanazo, agota vinajeras,
 pipote de aceitunas zapateras;
 confiadito barbero, que los rizos,
 como las pantorrillas, traes postizos;
 y tú, rucio rodado de pellejo,
 dos veces muerte por dotor y viejo,
 ¿qué intercadencias veis en mis aceros,
 que me aplicáis dotores y barberos?
 El firme enamorar, tiernos amantes,
 no es dar voces, metiéndolo á barato
 sino á caro; que amor se ha vuelto trato,
 y no para fiar, que dijo un culto
 que el que rehusó pagar cuando tentado,
 arrepentido no dará un cornado.

SACRISTÁN.

Yo te daré un romance con tramoyas,
 sin perdonar el gusto ni el trabajo,
 aunque desde un tejado caiga abajo.

BARBERO.

Yo te daré alabanzas en mi prosa;
 diré que eres clavel, jazmín y rosa;
 andaré muy galán en tu servicio,
 y gastaré requiebros infinitos.

DOCTOR.

Yo un faldellín y veinte dobloncitos.

BARBERO.

Eres un fuego para mí del Etna.

SACRISTÁN.

Y un agua para mí de Leganitos.

DOCTOR.

Un faldellín y veinte dobloncitos.

SACRISTÁN.

Quiérote como al sol las plantas bellas.

BARBERO.

Quiérote como al vino los mosquitos.

DOCTOR.

Un faldellín y veinte dobloncitos.

BARBERO.

¿Á quién te inclinas?

SACRISTÁN.

¿Quién tendrá esperanza?

DOCTOR.

Responde.

ISABEL.

Mucho pesa esta balanza.

(Señala al DOCTOR.)

SACRISTÁN.

¿Á un viejo?

BARBERO.

¿Á un viejo?

ISABEL.

Escuchen, majaderos:

Jordán es de los viejos los dineros;
 cuanto quieren alcanzan, tienen, gozan
 los que en agua dorada se remozan.

BARBERO.

¿Quién no ha de enmudecer? Aun eres linda;
 no hay cosa que á tu talle no se rinda.

SACRISTÁN.

Y ¿quién responderá á tres mil romances,
 si hechos y enviados á estos fines?¹

ISABEL.

Para mí los romances son latines,
 Y ¿quién no volverá á los dulces gritos
 de un faldellín y veinte dobloncitos?
 Mas á todos los pienso hacer iguales;
 ¿oye, señor barbero?

BARBERO.

¿Qué me mandas?

ISABEL.

Yo estoy muy satisfecho de su talle.

BARBERO.

Dijéralo quien pasa por la calle,
 cuanto y más una moza de buen gusto.

ISABEL.

Yo no puedo en mi casa hablar palabra.
 Esta noche á la puerta con mi manto
 cubierta me hallaréis, y nos iremos
 donde con gusto y libertad hablemos;
 y agora os partiréis muy enojado,
 como que os desprecié.

BARBERO.

Vida me has dado.

Ingrata, yo me iré; mas ¡plegue al cielo
 que en la boca te salga un caramelo! *(Vase.)*

SACRISTÁN.

Y que esa maldición á mí me caiga.

ISABEL.

¡Ah, señor sacristán!

¹ El sentido y la rima piden un verso antes de éste, que concierte con «romances».

SACRISTÁN.
¡Dueño querido!

ISABEL.
Yo estoy por sus amores sin sentido,
pero mi vecindad me acosa tanto,
que es fuerza que se ponga saya y manto,
y esta noche á las diez le daré entrada,
como que llama acaso mi criada;
y agora se ha de ir con grandes quejas,
porque le he despedido.

SACRISTÁN.
¡Vivit dominus,
que eres el mapamundi de invenciones!
Voime, Circe cruel, y ¡al cielo plega
que pénes en aceite y giraplega! *(Vase.)*

ISABEL.
Vusté, señor dotor, ¿sabe de pulsos?

DOCTOR.
Claro está que lo sé.

ISABEL.
Pues en los míos
mire si hay confirmados apetitos
de un faldellín y veinte dobloncos.

DOCTOR.
Si por aqueso estáis enferma, digo
que á doblar la parada yo me obligo.

ISABEL.
Pues abridle, María, ese aposento,
y acostáos.

DOCTOR.
Salto y brinco de contento.
Yo me voy á acostar, no tardéis mucho.

ISABEL.
Mientras hago que todos se sosieguen.

DOCTOR.
Voime, encandiladora de mis ojos,
bruja de mis sentidos, hechicera
de mi alma, alcahueta de mis gustos.
Yo te vea en mis brazos ahorcada,
y de flechas de amor asaetada,
quemada con el fuego que me quemas
y hecha cuartos.

ISABEL.
Aqueso sólo quiero.

DOCTOR.
¿Para qué?

ISABEL.
Para ser toda dinero.

DOCTOR.
Éntrome á desnudar.

ISABEL.
Id en buena hora.

Entra JOAQUÍN

JOAQUÍN. *(Dentro.)* ¡Ah de casa! ¡ah de casa! ¡ah
[mi señora!

ISABEL. ¿Quién es quien da tales voces?

JOAQUÍN. *(Dentro.)* Joaquín el hospitalero.

ISABEL. ¿Quién? *(Sale.)*

JOAQUÍN. Un servidor antiguo,
vidriado á lo moderno,
el que en el jardín del gusto
ingiere, como maestro,
entre col y col lechuga,
y entre amor y amor dinero.
Dame, Isabel, un abrazo.

ISABEL. No estoy, Joaquín, para eso,
que está mi padre muy malo.

JOAQUÍN. ¡Pese á mí, que es muy buen viejo!

ISABEL. Mandó el dotor que le echasen
una ayuda.

JOAQUÍN. Y ¿qué tenemos?

ISABEL. No hay quien se la atreva á echar,
como está flaco de seso.

JOAQUÍN. No te dé pena, mi bien;
déjame entrar allá dentro,
y verás, como cursado,
que en el aire se la echo.

ISABEL. ¿Y si acaso se levanta,
y huye de tí?

JOAQUÍN. Por San Pedro,
que ha de recibilla toda,
si tras él voy al infierno.

(Sale el SACRISTÁN tapado de medio ojo, con manto, y el BARBERO requiebrándole.)

BARBERO. ¿Por qué huís, sol desta noche,
mi sainete, mi requiebro?
¿No soy á quien esperáis?

SACR. ¡Válgate el diablo, el Barbero,
y qué pegajoso que eres!
Yo estoy en terrible aprieto.

BARBERO. Descubríos, morena mía.

SACR. Apártese, que no chero.

BARBERO. Pues juro á Dios, si sois terca,
que forzada habéis de hacerlo.

SACR. Aquí no hay más que esperar:
quítome los paramentos.
Ite, maledicte diable.

BARBERO. ¡Jesús, Jesús! ¿qué es aquesto?

SACR. Eso es lo que yo pregunto.

BARBERO. ¡Vive Dios, que es muy mal hecho,
mandilón, marimarica!

SACR. Y vos ¿sois del todo bueno,
enamora-sacristanes?

BARBERO. Vilches, callemos.

SACR. Callemos.

(Sale el DOCTOR huyendo en camisa, y JOAQUÍN tras él con una jeringa, como que le quiere echar una melecina.)

DOCTOR. Hombrecillo, ¿estás borracho?
¿Qué haces?

JOAQUÍN. Estése quedo;
déjesela echar, hermano,
que le va la vida en ello.

DOCTOR. ¿Yo ayuda?; eso no en mis días.

JOAQUÍN. ¡Oh, qué incorregible enfermo!
quedito, que me la vierte.

DOCTOR. Y aun te verteré los sesos.
¡Que no hallé ayuda en mi vida
para cosa de provecho,

y este hombre quiere ayudarme
agora que yo no quiero!

JOAQUÍN. ¡Juro á Dios que ha de llevarla!
que está estreñado y repleto.

DOCTOR. ¡Juro á Dios que tal no lleve,
aunque me eche cerraderos!

Sale ISABEL.

ISABEL. ¡Qué buenos andan los cuatro!
Señores Macías tiernos,
desta suerte trato yo
á atrevidos majaderos.
Vaya el Barbero á sangrar
á su aprendicito nuevo
de la vena del amor,
que dél tiene pujamiento;
y el señor Dotor se vaya
poco á poco hacia su entierro;
que ya es razón que á la huesa
le den su ración de huesos;
que yo, con mi sacristán
publico mi casamiento.

SACR. *Te rogamus:* toca y deje;
alborótese este pueblo;
haya danzas, haya bailes.

ISABEL. Muy bien has dicho: bailemos
mientras otras fiestas se hacen.

SACR. Pues vengan los instrumentos.

DOCTOR. Voime ayudado y desnudo.
¡Ah mujeres! ¡Plegue al cielo
que os pongan con un rebenque
salmonado todo el cuerpo!
Y quien no dijere *amén*,
cuente en Argel este cuento. *(Vase.)*

(Baille.)

(Cantan.) Una saladilla hermosa,
cuyos ojos, aunque negros,
blancos son adonde tira
el dios niño, lince ciego,
extremada por lo airoso,
graciosa por todo extremo,
hace al aire que bailando
del que lleva tenga celos.
Otra moza la acompaña,
rostro grave, ojos traviosos,
manos blancas, lindo talle,
y de sus acciones dueño.
Con destreza y bizarría,
manos truecan, mudan puestos,
dando que imitar al arte
su natural movimiento.
De verlas bailar picado,
ayudar quiere un mozueto,
cuya ligereza puede
desafiar á los vientos.
¡Qué bien todos tres se juntan
al compás del instrumento,
para variar mezclando
en lo grave lo burlesco!
¡Oh, qué tres, si fueran cuatro!
Mas ya buscan un remedio,
y á un sacristán se lo ruegan,
que los responde riendo.

ISABEL. Salga, que nos falta
sólo un bailarín.

SACR. Ya me he enternecido,

dama de barniz.

ISABEL. Tantos sacristanes
¿de qué aprovechan?
¡Ay!; si quiere saberlo
cáigase muerta.

ISABEL. ¿Cómo hay tanta cosecha
de barberitos?

SACR. Porque hay gente lanuda
que quita el juicio.

ISABEL. Y ¿qué son los dotores
que poco saben?

SACR. Juros son de por vida
de sacristanes.

ISABEL. Tátese ya los ojos,
verá un buen juego.

SACR. Lleve el diablo, señores,
lo que yo veo.

267

LVIII.—Entremés famoso: El marido flemático.¹*Representóse en Madrid.*

FIGURAS QUE HABLAN EN ÉL:

DOÑA TOMASA.	DOÑ DOMINGO.
DOÑA TRULLA.	MUCHOS HOMBRES.
VEJETE.	MÚSICOS.

Salen DOÑA TOMASA y DOÑA TRULLA.

TOMASA.

Amiga, no consueles mi desdicha.
¿Yo casada con viejo?; ¿yo he venido
á padecer con un matus-marido?
¿En mi edad y en el tiempo más lozano
un marido, su santo nombre en vano?

TRULLA.

Pues ¿no puede servir?

TOMASA.

El que está viejo,
yo me lo considero, doña Trulla,
como llave capona en el oficio,
que tiene el nombre y falta el ejercicio.

TRULLA.

¿Tiene muy mala condición?

TOMASA.

Su flema
es la que más á cólera me incita,
porque es hombre que en sola una visita
se estuvo de manera, que acababa
de nacer un muchacho cuando entraba
y se tiene por caso averiguado
que al salir della estaba ya barbado.

TRULLA.

Á poderse vestir de una visita,
páreceme que fuera gala eterna,
y se llamara tela sempiterna.

¹ *Navidad y Corpus Christi festejados.* Madrid, 1664, página 282 repetida, en vez de 286.

(Dentro el VEJETE.)

VEJETE.
¿Doña Tomasa!

TOMASA.
¿Qué mandáis?

VEJETE.
¡Señora!

TOMASA.
¿Qué me queréis?

VEJETE.
¿Estáis ahí?

TOMASA.
¡Qué flema!

Aquí estoy.

VEJETE.
¿Toda entera?

TOMASA.
Toda entera.

¿He de partirme?

VEJETE.
¡Qué milagro fuera!,
y la otra mitad, por varios modos,
como á mí no me sirve, sirve á todos.

TOMASA.
¡Qué malicia!

VEJETE.
Los viejos eso tienen.

Sale el VEJETE.

VEJETE.
¡Señora!

TOMASA.
¿Qué queréis, amigo?

VEJETE.
Quiero
que me digáis adónde está el braguero.

TOMASA.
Está en el arca de la ropa blanca.

VEJETE.
¿Las candelillas?

TOMASA.
En la caja grande.

¿Para qué las queréis?

VEJETE.
Aunque no es fiesta
padecer y sufrir penas tan varias,
he menester ponerme luminarias.

TOMASA.
Pues, amigo, ¿estáis malo?

VEJETE.
Estoy muriendo.

TOMASA.
¡No quiera Dios que vuestra muerte vea!

VEJETE.
Fácil es de cumplir, doña Tomasa,
porque vos no paráis jamás en casa.

(DON DOMINGO, dentro.)

DOMINGO.
¡Ah de casa!

VEJETE.
¿Si buscan esta moza?

TRULLA.
Son mis años catorce, y es temprano.

VEJETE.
Engañaste, que desde que subieron
los juros, que eran de catorce á veinte,
bajaron niñas, si saberlo quieres,
desde veinte á catorce las mujeres.

Sale DON DOMINGO.

DOMINGO.
¡Oh Tomasa!, que el serlo solicitas,
y aun más, pues que te llamas doña Quitas.
¡Vive Cristo, que el viejo lo ha escuchado!

VEJETE.
¡Jesús, y qué sordera que me ha dado!

DOMINGO.
¿Podrás darme un abrazo?

TOMASA.
¿Le parece
que mi marido está en Ingalaterra?

VEJETE.
Tampoco veo yo palmo de tierra.

TOMASA.
¿Trae algo que me dar?

DOMINGO.
No traigo nada.

VEJETE.
¡Líbreme Dios, amén, de hora menguada!

TOMASA.
Muy mal paga con esto mi deseo.

VEJETE.
Ya mejor me parece que oigo y veo.

DOMINGO.
Con este abrazo en mí un esclavo cobras.

VEJETE.
Aquesto es detenelle vos con obras.
¡Válgame Dios, doña Tomasa!; creo
que en darle aquí un abrazo tan rijo,
estáis por conocer si soy celoso.
Decidme, ¿quién es ése?

TOMASA.
Es un tahir que busca esta muchacha.

TRULLA.
Á mí, señor, no busca,
sino á doña Tomasa.

VEJETE.
No lo creo;
que á ser eso, á mi casa no viniera,
que ya sabe que para por defuera.

TOMASA.
¿Qué es lo que dice?

VEJETE.
Despachadle, amiga.

TOMASA.
No viene bueno el interrogatorio.

VEJETE.
Pues decidle que acuda al escritorio.

DOMINGO.
Por allí sacó un hombre la cabeza.
¡Oh fiera!, ¡oh dura arpía!
¡Mal haya aquel que en las mujeres fia!
¡Que á mí me tenga, y otro esté escondido!
¿Celos á mí?

VEJETE.
¿Qué general he sido!

DOMINGO.
La general ha sido esta traidora,
que por otro que tiene á mí me deja.

VEJETE.
Oiga, yo no me quejo, ¿y él se queja?

DOMINGO.
¿No he de quejarme, si era el amor mío
mayor que desde Esquivias á Pactolo?

VEJETE.
¿Piensa que esta mujer es para él solo?

DOMINGO.
Pienso que es una infame, una insolente,
que no hay mesón que admita tanta gente,
y que merece aquesta manotada. (Dala.)

VEJETE.
¡Enterradme ése cabe Luis Quijada!

TOMASA.
¡Que esto se sufre!; ¡que esto se consiente!
¿No hay quien me vengue de tan vil hazaña?

VEJETE.
Cayó la gran princesa de Bretaña.

TRULLA.
¿Por qué la dió en el rostro?

DOMINGO.
Mi señora,

dijela el Evangelio, y era llano
que se le había de poner la mano.

VEJETE.
Oye, no me la dé más en la cara,
que es echar á perder toda la tienda.

DOMINGO.
Quien della compra lleva buena hacienda.

VEJETE.
No la llevan, porque es mercadería
ésta en que da en entrar doña Tomasa,
que la vende, y se queda siempre en casa.

TOMASA.
¿Esta flema tenéis, cuando mi enojo
por vengarse colérico blasfema?
¿Esta flema tenéis?

VEJETE.
¿Yo tengo flema?

Esperad y veréis. ¿Por qué la ha dado?

DOMINGO.
Porque tiene un galán allí encerrado.

VEJETE.
Pues si ella da ocasión...

DOMINGO.
Dala, y muy grande.

TOMASA.
Juro como mujer de bien...

VEJETE.
Esposa,
mirad que os perjuráis; jurá otra cosa.

DOMINGO.
¡Vive Dios, que es verdad, y que me obliga
sacarle de la mano! (Éntrase.)

VEJETE.
¿Es verdad esto?

TOMASA.
¿No lo veréis?

(Saca DON DOMINGO, asidos uno de otro, á todos los hombres
de la compañía.)

VEJETE.
¡Jesús, Jesús, Dios mío!

TRULLA.
¡Oh, qué asombrado queda!

TOMASA.
Preguntadle qué siente.

VEJETE.
¿No veis que os moleréis con tanta gente?

DOMINGO.
¿Decía yo verdad? ¿No la bastaba
el tener un honrada compañía?

VEJETE.

No tiene más; mas es de infantería.

TRULLA.

Señores, bueno está; no haya más voces:
sea el baile un montante
de todo aqueste enojo recibido.
Las paces se han de hacer.

TODOS.

Nadie ha reñido.

268

LIX.—Entremés famoso: De los ladrones y Moro Hueco, y la parida.¹

Representóse en Madrid.

FIGURAS QUE HABLAN EN ÉL:

MORO HUECO, muy mozo.	UN VEJETE.
ROPA SANTA.	UN ALGUACIL.
CHICHARRÓN.	MÚSICOS.

Salen MORO HUECO, ROPA SANTA y CHICHARRÓN.

CHICHARRÓN.

Ropa Santa, ya estamos en Sevilla.

ROPA SANTA.

Chicharrón, ésta es nueva maravilla.
Moro Hueco, ¡qué gran ciudad es ésta!

MORO HUECO.

Mayor que Castilleja de la Cuesta.

ROPA SANTA.

Aquí me palmearon.

CHICHARRÓN.

Y aquí cierta esportilla me contaron.

MORO HUECO.

Asido al aldabilla,
me contó el pagador otra esportilla.

CHICHARRÓN.

No desmayéis, ladrones baladés,
que en mí tendréis maestro,
que hará de un perro un gato.
¡Al arma, cicateros,
hurones, rapa nubes, caleteros!
¿No soy yo el que á maitines
en una antana á media noche entraba,
y una lámpara luego descolgaba?

ROPA SANTA.

Si cuentas tus hazañas,
discípulos no somos, sino arañas.

¹ Navidad y Corpus Christi festejados. Madrid, 1664, página 314.

CHICHARRÓN.

Nadie conmigo hable,
que sacaré la bolsa á un miserable.

MORO HUECO.

Pues de cuanto habéis dicho que habéis hecho,
no quedo satisfecho.
Si alargo el dos de bastos,
pierden su doncellez bolsillos castos;
y para ver el aire desta mano,
he sacado la bolsa á un escribano.

CHICHARRÓN.

Non plus ultra de gatos...

ROPA SANTA.

Ahorremos de razones,
pues tú sólo ganaste los perdones.

MORO HUECO.

Di que matarme quieres,
porque he quebrado el jarro con el vino;
que en saliendo que salga algún cuitado,
tú verás.

ROPA SANTA.

Ya te entiendo.

MORO HUECO.

Saca la daga porque va saliendo.

(Saca la daga ROPA SANTA, y tiénelo CHICHARRÓN.)

ROPA SANTA.

No me tenga vusté, que he de matalle.

MORO HUECO.

¿No hay quien me favorezca en esta calle?

(Sale el VEJETE á las voces.)

VEJETE.

¿Qué picardía es ésta?
Pues ¿la daga sacáis para este niño?
¿En qué os pudo ofender este inocente?

ROPA SANTA.

Téngole de matar.

CHICHARRÓN.

Diablo, detente. (Tiénelo.)

ROPA SANTA.

Yo me voy, pero ¡vive Jerolisto!,
que os he de despernar si vais á casa.

MORO HUECO.

(A media noche espero, (Aparte á ellos, y vanse.)
que yo te haré señor de su dinero.)

VEJETE.

¿Por qué quería matarte?

MORO HUECO.

¡Oh, fiero tío!

enviome por vino,
y porque quebré el jarro en el camino,
me daba con la daga.

¡Por vida destas, que si yo tuviera
otra, que hasta la cruz se la metiera!

VEJETE.

¿Qué inocencia tan grande! ¿Que un barbado
perdiese con aquéste la paciencia!

MORO HUECO.

(Vos os acordaréis de la inocencia.) (Aparte.)

VEJETE.

Hijo, quédate en casa aquesta noche.

MORO HUECO.

(Aparte.) (Muy bien se va trazando mi embeleco.
Vos os acordaréis del Moro Hueco.)

VEJETE.

Entra acá; cenarás y acostarás.

MORO HUECO.

Dios se lo pague... (Aparte.) (mal y caramente.
Vos os acordaréis del inocente.)

(Vanse, y salen ROPA SANTA y CHICHARRÓN.)

ROPA SANTA.

Ánimo, Chicharrón, que ésta es la casa
donde el hurón está con que cazamos
este pobre conejo.

CHICHARRÓN.

Habla más quedo,
no nos sople algún aire.

ROPA SANTA.

Pierde el miedo.

(Sale MORO HUECO con dos talegos pequeños.)

MORO HUECO.

¿Sois vosotros, amigos?

ROPA SANTA.

Sí, chulamo.

MORO HUECO.

Estéense quedos; ya tenemos lance.
Tomad estos talegos,
que vosotros conmigo sois muy legos. (Dáselos.)

ROPA SANTA.

Camarada, cayó este penitente.

MORO HUECO.

(Vos os acordaréis del inocente.) (Aparte.)

ROPA SANTA.

La gura me parece que es aquélla.
¡Por el agua de Dios, que trae lanterna!

CHICHARRÓN.

Vámonos á embocar á una taberna.

(Vanse, y sale un ALGUACIL con lanterna.)

ALGUACIL.

Gente he visto salir de aquesta casa,

y está abierta: ¡por Dios, que eran ladrones!
¡Ah de casa! ¿Quién vive en esta casa?

(El VIEJO, dentro.)

VEJETE.

¿Quién es?

ALGUACIL.

Hagan cerrar aquesta puerta.

VEJETE.

¿La puerta abierta? Busca luz, Perico.

ALGUACIL.

Aquí tengo yo luz.

(Sale el VIEJO medio desnudo.)

VEJETE.

Saca un candil. (Ahora sale.)

Entre vusted acá, seor alguacil.
Alúmbrenme hacia aquí. ¡Ay, desdichado!
El escritorio me han descerrajado,
y se han llevado todos mis doblones.

ALGUACIL.

Pues vamos á buscar á los ladrones.

VEJETE.

¡Aprisa! ¡Salga por esotra puerta!

ALGUACIL.

Vamos.

VEJETE.

Mozos, la casa queda abierta.

(Vanse, y salen los ladrones.)

MORO HUECO.

Ea, gatos rateros:
eso es saber hurtar; tomad dineros.

CHICHARRÓN.

Pues tenemos doblones,
hijos, recemos nuestras devociones:
vayan las letanías
que solemos rezar todos los días.

(Pónense de rodillas, y dice uno, y responden todos en voz alta.)

CHICHARRÓN.

De los aires soplones que acarrear
tempestades sobre nosotros...

TODOS.

Liberanos, domine.

CHICHARRÓN.

Por la salud de los alguaciles follones,
que corren poco y no nos alcanzan...

TODOS.

Te rogamus, audi nos.

CHICHARRÓN.

Del pagador mayor, que nos da moneda de ba-
[queta...

TODOS.

Liberanos, domine.

(Dentro el ALGUACIL.)
 ALGUACIL.
 ¡Abran aquí!
 ROPA SANTA.
 Pescónos la justicia.
 CHICHARRÓN.
 No os turbéis, ladroncillos,
 ni os pongáis esos rostros amarillos.
 Tiéndete, Ropa Santa, luego al punto,
 que parezcas difunto.
 Tú llorarás á gritos á tu esposo.
 MORO HUECO.
 Dame esa capa, y un pañuelo pido,
 y verás cómo lloro á mi marido.
 (Tiéndese ROPA SANTA en el suelo, y échale encima una man-
 ta, y póneme una vela encendida en un candelero, encima ó
 al lado, y MORO HUECO se pone una capa, como saya, y un
 paño por toca, y CHICHARRÓN abre, y entran el ALGUACIL
 y el VIEJO, y CHICHARRÓN se hinca de rodillas con unas
 horas en la mano como que reza.)
 ALGUACIL.
 ¡Abran aquí!
 MORO HUECO.
 ¡Cuitada, desdichada!
 (En alto llorando.)
 ¿Qué hará sin vos aquesta malograda,
 huérfana, triste, sola y sin abrigo?
 ¡Ay marido del alma! ¡Ay dulce amigo!
 VEJETE.
 La casa errado habemos.
 CHICHARRÓN.
 Sancte Petre, ora por él,
 San Román, San Micael,
 San Germán y San Sansón,
 y válgate el buen ladrón:
 Kirieleison, chrísteleison, chrísteleison.
 MORO HUECO.
 ¡Desventurada de mí!
 ¿Cómo viviré sin ti?
 ¿Dónde hallaré otro marido?
 ALGUACIL.
 ¿Á qué diablos me ha traído?
 CHICHARRÓN.
 Acuérdate, alma cristiana,
 (de aquestos dos talegones). (Aparte, quedo.)
 ALGUACIL.
 ¿No dijo que eran ladrones?
 CHICHARRÓN.
 Válgate el pozo y la Samaritana.
 VEJETE.
 Pues vámoslos á buscar. (Vanse los dos.)
 ROPA SANTA.
 ¿Fuéronse? (Saca la cabeza por la manta.)

CHICHARRÓN.
 Sí, sí, no hay duda.
 MORO HUECO.
 Ladrones, vamos tras ellos,
 (Quitase la capa y el paño.)
 que para vengarme dellos
 otra burla han de llevar. (Vanse.)
 Salen el ALGUACIL y el VIEJO.
 ALGUACIL.
 Ande vusted, y tenga confianza
 de que no ha de perderse su dinero.
 VEJETE.
 Estoy por ahorcarme, ¡oh ladronazos!
 ¡Qué armada la tenían con el niño!
 Por Cristo verdadero,
 que con hurón cazaron mi dinero.
 Salen los ladrones al otro lado.
 ROPA SANTA.
 Ellos son, ¡ojo alerta!
 MORO HUECO.
 Pues otra nueva burla se concierta:
 haced lo que os he dicho;
 dad voces que atronéis aquestas calles;
 que hasta las capas tengo de quitalles.
 CHICHARRÓN.
 Yo seré la parida,
 y tenme tú, que yo daré unos gritos,
 que mueva á compasión á los contritos.
 (Tiene ROPA SANTA á CHICHARRÓN, que ha de estar con una
 capa por saya, y una toalla por toca, y de la misma suerte
 MORO HUECO.)
 CHICHARRÓN.
 ¡Ay, que reviento con la criatura! (En voz alta.)
 ALGUACIL.
 Hemos llegado á buena coyuntura.
 CHICHARRÓN.
 Ténganme destos lados,
 que ya me vienen los descabellados.
 MORO HUECO.
 Anímese por Dios; empuje, amiga.
 ¡Qué gran dolor que pasa la cuitada,
 que echa la criatura atravesada!
 CHICHARRÓN.
 No más parir, señores; que reviento.
 ¡Por un gusto se pasa tal tormento!
 Llamen un confesor, échenme ropa,
 que tirito. (Tirita.)
 VEJETE.
 ¡Qué lástima tan grande!
 Vamos por confesor. (Echale encima las capas.)
 ALGUACIL.
 Tome estas capas. (Vanse.)

ROPA SANTA.
 Dios se lo pague; arrope la parida.
 CHICHARRÓN.
 No tengo de parir más en mi vida.
 ROPA SANTA.
 ¿Fuéronse?
 MORO HUECO.
 Ya se fueron: ¡linda burla!
 ROPA SANTA.
 ¡Hurto solemne! Junto á casa estamos:
 célebrese la burla, camaradas;
 saquen esas guitarras bien templadas.
 MORO HUECO.
 Aquí están nuestras daifas ó respetos.
 CHICHARRÓN.
 Tomen puestos y afilen los concetos.
 (Hagan el baile que quisieren, ó baile una sola. Salen los
 MÚSICOS y la que baila, con que se da fin.)

269

LX.—Entremés famoso:
El enamorado.

Representado en Madrid.

FIGURAS QUE HABLAN EN ÉL:

EL ENAMORADIZO.	LUISA.
JUANA.	TRES HOMBRES con
ANTONIA.	mantos.

Sale JUANA con manto, tapada de medio ojo, y el ENAMORADIZO tras ella.

ENAMORADIZO.
 Detén el paso, mira que me matas,
 labradora, colérica de patas;
 córrele al frontispicio el negro velo,
 y no me des por brújula tu cielo;
 que en la planta sutil de tu rebozo,
 tan presto cae el viejo como el mozo;
 pues tus ojos, preciándose de hampa,
 nos coge como perros en la trampa;
 y es muy mal hecho, ninfa leganesa,
 que á aquel que el alma suya te ha fiado,
 le dejes con tus trampas entrampado.
 JUANA.
 ¡Qué! ¿Ya me quiere bien?
 ENAMORADIZO.
 Quiérote tanto,
 que por ese mirar dulce y travieso,
 si hubiera de perder, perdiera el seso.
 JUANA.
 ¿Luego no tiene seso?
 ENAMORADIZO.
 Niña, yo te comparo al mismo rábano;

ENAMORADIZO.
 No, señora,
 que le perdí por otra labradora.
 JUANA.
 Debe de ser voacé enamorado.
 ENAMORADIZO.
 Tengo el gusto de mozo primerizo,
 que derretido cuanto lisonjero,
 cuantas mujeres veo, tantas quiero.
 Ninguna más que otra me provoca:
 haré el amor á un orinal con toca;
 que á un jumento con ella ya le he dicho
 dulzuras y requiebros, y él muy grave,
 abriéndome dos jemes de cabeza,
 con dos coces pagó tanta fineza.
 JUANA.
 ¿Tiene madre?
 ENAMORADIZO.
 Es ya muerta, reina mía.
 JUANA.
 Dios la hizo mercedes de ser muerta.
 ENAMORADIZO.
 ¿Por qué?
 JUANA.
 Porque evitóse andar alerta.
 ENAMORADIZO.
 Deja parola: mira que te adoro.
 JUANA.
 Óyeme, amigo: á enamorar á un toro;
 que no me pago yo de derretidos. (Vase.)
 ENAMORADIZO.
 Picaña, que me robas los sentidos,
 ¿ansí te vas?
 (Va tras ella, y sale LUISA de labradora ó como quisiere, ta-
 pada con manto, y detiéndole.)
 LUISA.
 Deténgase, mancebo.
 ENAMORADIZO.
 Ya me muerdo por ti, requiebro nuevo.
 ¡Qué limpieza! ¡qué asco!; por San Roque,
 que cualquiera perfume cortésano
 afrenta tu sayuelo ó cuerpecillo,
 adobado con ámbar de tomillo:
 vamos de aquí, que ya eres mía toda.
 LUISA.
 ¡Notable prisa!
 ENAMORADIZO.
 Que hoy será la boda.
 LUISA.
 Dígame, quebradero de cabeza:
 ¿por donde otros acaban, él empieza?
 ENAMORADIZO.
 Niña, yo te comparo al mismo rábano;

¹ Navidad y Corpus Christi festejados. Madrid, 1664, pá-
 gina 348.